

La vida simplemente

Óscar Castro

La vida simplemente

Óscar Castro

Prólogo de Cristián Donoso

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

LA VIDA SIMPLEMENTE

Óscar Castro

Prólogo de Cristián Donoso

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición mayo 2023

Del prólogo © Cristián Donoso Galdames

ISBN libro impreso: 978-956-357-409-8
ISBN libro digital: 978-956-357-410-4

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Elba Peña

Diseño de portada
Francisca Toral



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

PRÓLOGO

La vida simplemente o la transformación de la lectura
11

PRIMERA PARTE

La casa del farol azul
17

SEGUNDA PARTE

La vida tiene otros caminos
97

PRIMERA PARTE



PRÓLOGO

La vida simplemente o la transformación de la lectura

La vida no es simple, bien lo supo Óscar Castro, cuya existencia fue un arquetipo de escritor romántico. Vivió una infancia dura, atravesada por la pobreza y el abandono del padre, y durante su corta vida conoció la precariedad familiar y personal. Fue reconocido como poeta y narrador; trabajó como docente, bibliotecario y periodista entre dos ciudades, y fundó junto a Nicomedes Guzmán el grupo literario Los Inútiles y la Alianza de Intelectuales de O'Higgins en la ciudad de Rancagua, en un intento por descentralizar el movimiento intelectual y literario alojado principalmente en Santiago. Cuando murió a causa de la tuberculosis tenía apenas treinta y siete años. Nos legó una obra poética en la que destacó la búsqueda de la claridad de la expresión y la perfección formal, y una obra narrativa en la que abrazó un realismo social con visos poéticos.

A pesar de los avatares de su vida, tituló *La vida simplemente* a una de sus novelas más entrañables y de reconocido contenido autobiográfico. Tal parece ser que en retrospectiva hubiera mirado rotundamente los episodios trascendentes que le dieron forma a su vida personal para contar la simpleza de su trama. La novela, en sus dos secciones, presenta dos despertares de Roberto Lagos, un niño rancagüino de diez años: el sexual en el espacio de un prostíbulo, y el intelectual, en la biblioteca y luego en el colegio. Así, esta es por definición una novela de formación: el

argumento se centra en el crecimiento de un personaje a partir de sus experiencias.

Las vivencias de Roberto tienen tanta precariedad como precocidad. En la primera parte (“La casa del farol azul”) el narrador omite la mención a su familia nuclear, y el efecto producido es que pareciera no haber límites entre el mundo de los niños y el de los adultos. Roberto y los otros niños se hacen parte del ambiente del prostíbulo como si fuera una extensión natural de sus hogares. “En el suburbio, un niño puede conservar su alma intacta aun mirando las mayores iniquidades. Pero llega un instante en que de súbito despierta y comprende. Y el hombre nace demasiado pronto, sin transiciones, y el mundo es otra cosa, más dura, más brutal”.

En ese espacio crecen y aprenden un mundo crudo, violento y patriarcal donde los roles tienen valor según el género, la posición económica o simplemente la fuerza física. Inmersos en ese ambiente, los niños lo reproducen: admiran al más “choro”, son agresivos entre ellos, se burlan del más débil o diferente, roban y se inician sexualmente con las mujeres del prostíbulo. Consecuentemente con esa primera etapa de formación, en la primera parte predomina un narrador testigo: Roberto observa el mundo feroz de los adultos y, de hecho, en varios pasajes narra lo que ve mientras está escondido bajo una cama o tras una pared agujereada.

Hay un cambio en la segunda parte (“La vida tiene otros caminos”). A la par de su crecimiento personal, Roberto va adquiriendo dominio y conciencia de su propia vida; el narrador va siendo cada vez más protagonista y reflexivo. Como en toda novela de formación, existe una puerta de salida, entendida como posibilidad de crecimiento y superación. Esa puerta separa el mundo demasiado real del mundo más ideal. Y en esta historia la llave para abrirla es la lectura. Primero, la de cuentos y sobre todo de la Biblia. “La lectura de la historia sagrada se convirtió para mí en una obsesión que me apartaba poco a poco de la calle”. Luego, textos más extensos como novelas de aventuras. Cuando finalmente Roberto entra en la biblioteca y conoce al bibliotecario asistimos a una verdadera epifanía, un encuentro iniciático para todo lo que viene. De ahí

en más, es la lectura la que le permite encontrar su distinción, su color en el mundo gris del conventillo y el prostíbulo. La lectura le permite estudiar, iniciar la instrucción formal. Y la ficción, sobre todo los héroes de las novelas de aventuras, empiezan a iluminar los límites del mundo carenciado del farol azul. Como un verdadero testimonio de lector adolescente, esta novela da cuenta de los principales autores juveniles que se leían a principios del siglo XX: Verne, Salgari, Stevenson, Dumas, Ponson de Terrail y otros.

Esta novela también refleja una época. El crítico chileno Grínor Rojo¹ propone vincular las novelas de formación chilena a los procesos históricos que enmarcan a sus argumentos. Vista así, esta novela refleja cómo crece un niño en el período de los cuarenta años de la cuestión social (1880-1920): hacinamiento urbano en los conventillos, escasez económica de las familias, trabajos insostenibles de subsistencia originados por la industrialización, clases sociales muy marcadas entre las que existen varios abismos. Pero si el contexto socioeconómico que muestra esta novela da cuenta de ese tiempo de grandes desigualdades en nuestra historia, también muestra un contexto cultural que alienta el crecimiento de Roberto. Porque en esos años, tal vez paradójicamente, la lectura vivía una expansión en el país de la mano de esfuerzos estatales y editoriales por promover la circulación de libros y transformarla en el principal medio de educación y entretenimiento, de manera similar a como hoy fomentamos la conexión a internet. Así, esta novela también, como un telón de fondo, es un elogio de las bibliotecas municipales y su indisoluble relación con la luz eléctrica, dos instituciones culturales que por esos años se consolidaban como bienes públicos en Chile.

Soy de una generación que leyó a Óscar Castro en el colegio. No solo esta novela, sino también *Comarca del jazmín* (1945) y *Llampo de sangre* (1950). Mi educación literaria, por lo tanto, estuvo mar-

¹ Rojo, G. (2014) *Las novelas de formación chilenas. Bildungsroman y contrabildungsroman*. Santiago: Sangría Editora.

cada por su obra. Naturalmente, nuevos autores y obras actualizan año a año el catálogo escolar, e Isabel Allende, Luis Sepúlveda o Hernán Rivera Letelier —por nombrar tres autores chilenos que hoy figuran entre los más incluidos en los planes lectores escolares— han ocupado en parte su lugar. Para mí, Óscar Castro fue un nombre fijo, junto con Alberto Blest Gana, Marta Brunet, Manuel Rojas, Baldomero Lillo, Francisco Coloane y María Luisa Bombal, entre otros. Que un autor se lea menos muchas veces no tiene que ver con su vigencia ni con un agotamiento de su recepción, sino con decisiones de actualización del repertorio, nuevos programas escolares, nuevas ofertas editoriales. Por lo mismo, retomar textos del pasado muchas veces puede generar extraordinarias y renovadas experiencias de lectura.

Me remito a mi experiencia con esta novela a fines de los ochenta: este libro fue uno de los más trascendentes de mi etapa escolar y levantó polvo entre estudiantes y apoderados. Para mis compañeros y para mí, a nuestros doce años, esta fue con seguridad la primera obra que se ambientaba en un prostíbulo. Nos la dieron a leer en esa suerte de bisagra de nuestro sistema escolar como es el paso de sexto a séptimo básico —y que antes era mucho más marcada en lo que a lecturas se refiere—, como si en esos meses de vacaciones entre ambos cursos debiese operar un tránsito natural entre la literatura infantil y la adulta. “Esta no es lectura para mi hija”, reclamó la madre de una compañera. “Esta novela no debería ser leída en un colegio confesional”, dijo otro apoderado.

Cada época repara en nuevos aspectos, y ahí está el valor de los clásicos. Creo que hoy este libro puede generar tanta discusión como antes, pero por temas actuales: el orden machista, el condicionamiento de género, los modelos humanos que responden a una jerarquía primitiva o los caracteres masculinos presentados, como el Diente de Oro o el padre y el hermano mayor de Roberto. Asimismo, podrían suscitar nuevas discusiones personajes mujeres —La Vieja Linda, Lucinda, las hermanas o la madre de Roberto, entre otras— que, aunque jerárquicamente subordinadas, mues-

tran una entereza que los hombres no tienen. En esa misma línea interpretativa, cobra nuevo valor y actualidad la confesión de Roberto a propósito de su condición masculina: “Estoy hecho con la pasta de los hombres, es decir, con el barro más deleznable y sin brillo”.

Otros temas que podrían generar intensas discusiones son la violencia sexual, el actual *bullying* o la fragilidad de las relaciones de amistad. También las formas del amor que el protagonista va descubriendo. Temática aparte es la imagen de escuela privada católica que se muestra en la segunda parte, la educación que imparte —y que opera sobre todo a nivel de la conciencia de Roberto— y la controversial figura del profesor. Desde la interpretación contextual, se puede discutir sobre el tiempo histórico, las diferencias de clases y el consecuente resentimiento social, o las formas de trabajo a principios del siglo XX. Así como hoy disfrutamos de series de época en la televisión, mediante las cuales conocemos y analizamos cómo eran las cosas antes, esta novela invita a pensar qué ha cambiado y qué se mantiene en el ordenamiento social que nos ofrece.

Recuerdo haber adquirido este libro en la librería José Miguel Carrera, que ya no existe, publicado en una colección de la editorial Andrés Bello, que tampoco existe. Guardo mi ejemplar con prólogo de Alone y el dibujo del farol azul de Andrés Jullian. Pero los clásicos trascienden los años y las circunstancias materiales. Hoy *La vida simplemente* tiene una nueva existencia en Ediciones Universidad Alberto Hurtado, que permitirá otra vez captar jóvenes lectores y lectoras que alumbren renovados caminos para este libro.

Cristián Donoso Galdames

La casa del farol azul

I

El tren de los mineros pita tres veces cuando las primeras casas del pueblo surgen en la distancia. La calle que corre paralela a la vía férrea —la última de la ciudad por el sur— empuja rostros curiosos a cada ventana y a cada puerta. Surge el muchacho des-harrapado y mugriento a quien el alarido del silbato y el resoplar de las calderas hizo abandonar su trompo en el patio interior. Surge la mujer con un hijo esmirriado en los brazos, y por frente a sus ojos van cruzando los pequeños vagones con las ventanillas taponadas de rostros duros y curtidos. Surge el obrero cesante que aguarda al amigo que viene “de arriba” con los bolsillos pesados de billetes. Y la locomotora sacude sobre los techos bajos y cariadados el humo espeso de su chimenea, remeciendo los trozos de vidrio que por casualidad quedan intactos en alguna vivienda. Son las tres y quince minutos. En las ventanillas de los vagones aletean manos morenas; otras manos responden desde abajo y el trencito, más que vidas humanas, lleva una carga de esperanzas.

Esto sucede todos los días. Siempre hay rostros asomados a las ventanas a las tres y quince de la tarde. Siempre hay manos que saludan y manos que responden. Siempre hay una mujer triste que ya no aguarda nada y que contempla, sin embargo, cómo pasan los vagones por frente a sus ojos que se cansaron de mirar la vida.

La calle es una cosa olvidada por los que viven más al centro. Tiene casas por un solo lado, y el viento del sur, tras galopar por los potreros libres, viene a estrellarse en ella como en un gris tajamar. Hay paredes ruinosas por todas partes; perros echados al descuido sobre la tierra caliente; matas de zarzamoras, yuyos, achicorias y un agua que corre pesadamente por sobre un lecho de cieno. El viento del invierno zumba y silba en los alambres que van por el lado de la línea. Y este es el latido de la calle, su pulso quejumbroso.

Entre las casas, hay una pintarrajeada de amarillo y café, con un farol de lata y vidrios azules colgando a su puerta. Hacia adentro sigue un pasadizo que desemboca en una vasta sala. El piso está cubierto por una alfombra llena de roturas. Hay un piano vetado de manchas, con un candelabro de menos y unas teclas ahumadas y fúnebres. En las paredes pintadas con carburo cuelgan viejas litografías que representan escenas de amor. La luz es sucia, grasosa y cae como una desgracia sobre las sillas de tapiz raído y chillón, arrancando aquí y allá una hebra de brillo mortecino.

De esta casa salen por la noche carcajadas, cantos, discusiones. A veces, unos gritos, unos insultos tremendos, un quebrarse de vasos o botellas. Pero el piano vuelve a sonar y pronto empieza de nuevo el canto. Alguno está tirado por ahí, en un rincón, durmiendo obligadamente su borrachera. Alguno salió hacia la noche, maldiciendo. Alguno se quedó boca arriba, inmóvil bajo las estrellas, con un tajo en el pecho. Cuando esto último sucede, la calle se llena con un ruido de sables y de cascos. El sargento Godoy, pesado, coloradote, destaca su corpachón inmenso bajo la chorreadura azulosa del farol. Rebrillan los botones en su pecho abombado y repiquetean sus firmes espolines. De la casa van saliendo mujeres ebrias, clientes que vociferan, guardianes que amenazan con sus revólveres. La vieja Linda, dueña del prostíbulo, se echa un chal de lana sobre los hombros y es la última en abandonar la casa, como el capitán de un barco que se hunde. Ya en la puerta, imparte las instrucciones finales al Saucino, su hijo, un pavote de catorce años que mira con ojos sesgados y huidizos a los policías.

—Si viene gente —le encarga— dile que vuelva mañana, porque yo ando en la comisaría con las chiquillas... Y no se te olvide cerrar.

Después se vuelve hacia el sargento:

—¿Vamos andando, Bernardo?

El cortejo prosigue calle abajo, en dirección al cuartel de policía.

Al día siguiente, el piano está sonando de nuevo y se oyen adentro los gritos de siempre.

La vieja Linda es amiga de los mineros. Allí llegan todos, ansiosos de vino y mujeres, tras pasarse ocho o diez meses en los socavones amargos de humo y tinieblas. Traen plata, y ella sabe dominarlos con su palabra fácil y jugosa:

—Engreído te habías puesto, niño. Hacía tiempo que me estaba acordando de vos. Y aquí las niñas comenzaban a echarte de menos.

Ofrece generosamente al ingrato un trago por su cuenta, como quien echa una carnada, y al fin los billetes vienen a caer, arrugados y grasientos, en la cartera de cuero que duerme entre sus flácidos pechos.

—A ver, Hortensia, cántale al Vito.

El salón se anima con su presencia. En la mesa central se amontonan botellas de vino y cerveza. Jacintito, modoso como una colegiala bien educada, toca el piano y acepta entre remilgos una media botella de "Pils". La cosa toma vigor. Se baila cueca y vals. Llegan más bebedores y las mujeres a medida que ingieren alcohol, empiezan a perder escrúpulos.

—Conmigo te vas a quedar, m'hijito, ¿no es cierto?

Se sientan sobre las rodillas de los hombres, restregando su carne sobajada contra las manos torpes. Las bocas se besan con fingido ardor, entre risotadas, pellizcos y agarrones equívocos. Los mineros se dejan conquistar y vencer por las palabras cálidas de estas mujeres que quisieran dormir semanas o meses en vez de hallarse en este pobre salón.

Las parejas desaparecen hacia adentro, como empujadas por la voz de Jacintito que canta el último vals con la actitud de un pollo

que se traga una pepa de sandía. La Vieja Linda recoge botellas a medio vaciar para ir llenando, con los restos, otras que llegarán al pedido del cliente rumboso.

Parado en la puerta de calle, dormitando como un perro, está Menegildo, el Sacristán, con su cara siempre a medio rapar, su pelo corto y su gesto de asombrado torpor. Es el “loro” del prostíbulo, el encargado de avisar cuando viene “la comisión”, y parece hallarse satisfecho de su oficio. Lo cumple a conciencia, como un rito. En agosto, el viento le corta las carnes, pero él no abandona su puesto y allí se queda, encogido bajo su gruesa manta de Castilla, tiritando. A veces, compadecidas de él, las niñas le traen un brasero y el Sacristán extiende sobre los carbones humeantes sus manos largas y suaves. La luz azul de arriba y el resplandor violento del fuego, lo definen. Su frente es celeste y su barbilla cobriza. En medio de la cara, los ojos son un hueco sin contornos, llenos de misteriosa y espantable vida. Los labios aparecen morados por el reflejo del farol. El Sacristán está siempre pronunciando palabras de vago sentido, como si soñara. A veces se diría que reza. En otras canta himnos litúrgicos, inocentes o graves, que se confunden con las risotadas, blasfemias y chillidos que llegan desde adentro.

Menegildo es amigo de todos los rapaces del barrio. A veces, en verano, los chiquillos eluden la vigilancia materna para llegar hasta él. Su palabra corporiza entonces historias inverosímiles que su auditorio capta con un estremecimiento de pavor. Toda la vieja superstición de los campos tiene su guarida en el alma del Sacristán. El caballo que galopa de noche por los caminos con los estribos sueltos, llevando a la muerte sobre sus lomos; las luces que delatan los entierros; las orgías de los brujos en la Cueva de Salamanca; el alicanto, el Guirivilo, el chuncho, los conjuros... La calle se puebla de fantasmas y espectros, y los rapaces, al irse, presienten ojos terribles y frías manos que los aguardan en la oscuridad.

Mis primeros recuerdos de infancia, así mezclados o confusos, parten de la figura azul y roja de Menegildo. Yo era uno de los tantos chiquillos descalzos que acudían a beber fantasías en sus labios.